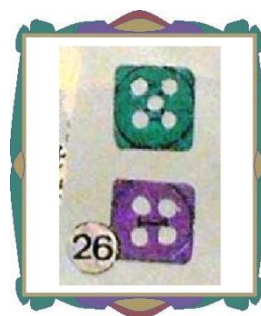


Transgresiones de la sensibilidad

La tía viuda de las de Cornejo



Que no era ni tía ni viuda ni de las Cornejo sino sobrina de una de las hermanas de doña Escolástica que se había casado



con un suazi que tenía una plantación de azúcar, allí, en Eswatini, al que había conocido visitando el santuario de vida silvestre de Mlilwane y, ella, la niña, que había venido de vacaciones con sus padres y se puso muy contenta cuando vio el mar porque en su país, dijo, *tenemos elefantes y cebras y leones pero mar no aunque nos queda cerca,*

ilusionada no sólo por conocer la playa — que casualmente la picó una medusa, con lo que eso escuece, pero le pusieron hielo y casi ni lloró — sino también a su abuela y a sus hermanas quiso, por aquello de sentirse integrada, participar en las actividades del día a día, como una jovencita más de nuestra pequeña comunidad, y se ofreció a desempeñar el papel que se le asignase asegurando, con los ojos brillantes de emoción, que haría con mucho gusto y su mejor saber hacer lo que a criterio de la autoridad competente — entiéndase Genoveva o, si andaba ocupada diseñando farolas o asphaltando la calle principal porque estaba muy empeñada en que tuviéramos coches aunque no fuesen de momento de motor de combustión, la que figurase en la lista como primera suplente — se le encomendase.

